

843
D.

PQ-2216

C3

S6

1912

Queda hecho el depósito conforme á la ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CABEZA DE FAMILIA

PRÓLOGO

LA JUVENTUD DE RAIMUNDO EUDELINÉ.

Un majestuoso bedel pasaba con una lámpara en la mano. Víctor Eudeline tosió para darse tono y pidió al galoneado personaje que se sirviera recordar su presencia al señor Provisor. El hombre hizo un signo afirmativo con la cabeza, sin volverla, y desapareció en la oscuridad de una doble puerta.

Sentado en el hule de un cofre de madera en forma de banco, el solicitante llevaba una hora esperando en aquella larga antecámara de liceo parisiense, de viejos vidrios y paredes cubiertas por un inmenso mapa geológico. El día declinaba, un día de fin de primavera, y el visitante veía por la ventana de la antecámara los altos rectángulos iluminados por el gas que se alineaban en todos los pisos, sobre aquel patio sombrío colmado para él de recuerdos triunfantes. Allí, durante tres años seguidos, el verano último aún, Raimundo y Antonino,

sus dos hijos, alumnos laureados y primeros puestos de sus clases, le habían dado la alegría de oír aclamar y felicitar el nombre humilde de Eudeline, el nombre de un obrero mueblista llegado á dueño de taller á fuerza de buena suerte y de energía... ¡Oh! Aquel patio lleno de rümore, cuajado de niños y de padres de gala y en el que circulaban las togas y los bordados; y su paso á través del gentío, entre los dos muchachos cargados de coronas y de éxitos; los murmullos de gloria al rededor de ellos y de aquel pobre padre de barba hirsuta que reventaba de orgullo y de salud en una levita reluciente, el bueno de Eudeline, sucesor de Guillermo Aillaume, uno de los más fuertes fabricantes de muebles del *faubourg* del Temple... Luego, inmediatamente después de la distribución de premios, la dicha de montar en coche con los chicos, en coche descubierto en el que relucían los dorados de los libros y de las coronas; atravesar París y exhibirse en todos los *boulevards* al ir á casa de su amigo Pedro Izoard, en el Palacio Borbón, y de allí á casa de la señorita Javel, su casera, en su hotel de los Campos Eliseos...

— El señor Provisor le llama á usted.

Á estas palabras, dichas en tono arrogante, Eudeline volvió sobresaltado de sus ensueños, penetró en el despacho, en el que un señor viejo, muy canoso, con gorro de terciopelo inclinado sobre la oreja, acababa de escribir una carta, y oyó que le decía con entonación distraída y casi sin mirar al gigante que estaba en su presencia :

— Supongo, señor mío, que viene usted por fin á cumplir con la administración.

— No, por desgracia, señor Provisor; venía, por el

contrario á rogar á usted... á rogarle con encarecimiento...

Y el pobre diablo, desconcertado por aquella acogida inesperada, tartamudeaba y se confundía, mientras se enrojecían sus mejillas por un golpe de sangre.

— Dispénseme usted, murmuró por último, poniendo sobre la mesa un flamante y gigantesco sombrero de copa que le molestaba casi tanto como lo que tenía que decir... Apenas me conoce usted, señor, y eso sólo por mis hijos. Hubiera querido, antes de exponerle mi pretensión, contar á usted quién soy y qué personas responden por mí...

El funcionario iba á protestar contra aquella historia demasiado larga, pero las últimas palabras le pusieron en guardia. En estos tiempos de demagogia, los muy humildes tienen á veces protectores en las altas esferas. Se resignó, pues, á saber que Víctor Eudeline, hijo de sus obras, había nacido en la calle del *Orillon* entre las virutas de una carpintería; que después de dos ó tres años de instrucción primaria había entrado como aprendiz en casa de Guillermo Aillaume, de la que no había salido más; que su principal, después de casarle con su hija, le dejó también el comercio que no había prosperado en manos de Eudeline como en las de su suegro.

— Y, sin embargo, como usted ve, señor Provisor, mi aspecto es el de un buen hombre, sin nada que pueda repugnar á mi clientela. Yo grito, eso sí, grito y soy violento, siempre con la sangre en la cabeza; pero en cuanto á hacer daño á una mosca, jamás lo hice... Tengo, acaso, una debilidad que ha debido perjudicarme; mi excesiva afición á las construcciones. ¡ Lo que yo he gastado en talleres, en casas para obreros!...

Se interrumpió al ver el ademán irritado del Provisor que se enderezó el gorro; pero ante una invitación muda á seguir adelante, continuó con ardor:

— Á pesar de todo, yo hubiera salido á flote ayudado por excelentes amigos, personas muy poderosas; Pedro Izoard, subjefe de taquígrafos en el Congreso de Diputados, un muchachón casado con una nicense adorable, aunque, por desgracia, algo delicada del pecho... Pero el señor Provisor debe conocer á mi amigo Izoard... un antiguo profesor de la Universidad, que hizo dimisión en 1852...

El funcionario respondió secamente:

— No le conozco.

— Tenía también la alta protección de la propietaria de mi casa, la señorita de Javel.

— ¿Parienta del diputado?

— Precisamente... y subsecretario del ministerio del Interior... Es su tía... ¡Ah! caballero; ¡qué noble persona! tan rica como generosa... Al ver los trabajos que yo pasaba para educar á mis hijos y para hacer algún bien á mis obreros, nos cobró afición, á mi mujer y á mí... Con ella no se hablaba nunca de los alquileres atrasados. Al terminar mi arrendamiento, le renovó por quince años sin aumentar un céntimo. Respetuosa hasta por mi afición desordenada á edificar, la protegió cediéndome gratis el derecho de construir en mi patio un gran taller que yo alquilaría y que me produciría casi para pagar mis alquileres... Acabado el taller y puestos los anuncios, iba á encontrarme ya desembarazado, cuando la señorita de Javel muere de improviso de un *bólido*... no, ... no es eso... dispense usted... en esto de las palabras no estoy muy fuerte... y hete aquí

que me encuentro en presencia de su sobrino y único heredero, ó, más bien, de su apoderado, el señor Petit-Sagnier, procurador de los tribunales, el cual me ha tratado como á un bandido, como á un explotador de la vieja, y me ha advertido formalmente que en cuanto deje de pagar un mes, el señor Marcos Javel rescindiría el contrato de arrendamiento y entraría en posesión del taller obtenido por mis malas mañas de aquella pobre mujer.

— El señor Petit-Sagnier se interesa por su cliente, lo que no tiene nada de vituperable... gruñó el alto administrador, cuyo semblante se iba endureciendo por momentos.

Eudeline se puso muy pálido, con esa palidez rosácea de los sanguíneos de anchos omoplatos; se contuvo para no gritar ni entregarse á alguna violencia y apretando el borde de la mesa entre sus dedos cortos y velludos, continuó muy despacio:

— Reflexione usted, señor Provisor, que he hecho grandes esfuerzos para no retardar ninguna mesuralidad, ... que he sacrificado las últimas alhajas de mi mujer, que ella guardaba para nuestra pequeña; sus brillantes, su pañolón... He llegado hasta empeñar... La enormidad de la confidencia que iba á hacer á aquel hombre le asustó, y continuó, conteniéndose, ... hasta privar á mis hijos de esta educación de la que estaba tan orgulloso por lo mismo que yo no la tengo... ¡Ah! señor, yo, que siendo un chiquillo me detenía ante la verja de la Universidad á mirar con envidia á aquellos muchachos ricos que iban á aprender; yo, que tanto he sufrido por mi ignorancia y que tenía como una gloria el poder decirme: mis hijos serán sabios, mis hijos

sabrán latín; figúrese usted mi desesperación al verme reducido á tenerlos en casa meses enteros, arrastrando las chancletas de una pieza á otra, y tener que emplear el dinero del colegio en pagar los alquileres... Yo lloraba con su madre, ante la idea de que tantos sacrificios no servirían para nada y de que me embargarían de todos modos... y esto es lo que nos sucede... nos van á embargar...

Los sollozos le ahogaban, pero ante un movimiento del Provisor, tuvo la fuerza de contenerlos :

— ¡Oh! tranquilícese usted; no vengo á pedirle dinero, señor, sino, solamente una gracia. Se van á hacer las oposiciones á premio; deje usted á mis hijos venir al liceo en los días de las oposiciones. Los dos están seguros, cada uno en su clase, de lograr las matrículas de fin de año. No les prive usted, no me prive usted, sobre todo, de esta alegría que es la única que me queda.

— Imposible, señor mío; eso no se hace jamás... Esos jóvenes no pueden volver á clase ni gozar de sus derechos si no paga usted el trimestre atrasado.

Aferrado con las dos manos á la mesa como á su idea, Eudeline insistió, suplicó... El mayor, el mayor, solamente... Estaba en tercer año, el del gran concurso... Era preciso que pudiese concurrir con sus compañeros...

El Provisor se levantó bruscamente :

— La administración no lo permite...

Y al mismo tiempo puso el dedo en un llamador eléctrico que tenía á su lado. Sin esperar la entrada del bedel, Eudeline se inclinó y salió.

Un momento antes, al subir la ancha escalera de piedra, cuando estaban encendiendo el gas, le quedaba

en el corazón una esperanza; su confianza en aquellos señores del liceo, su respeto idólatra hacia los que sabían latín. No esperaba socorros efectivos, pero sí buenas palabras, citas consoladoras tomadas de la antigüedad; y si bien su orgullo le había hecho retroceder durante meses ante aquel paso, lo había dado con la certidumbre absoluta de lograr su propósito, defendido contra todas sus desdichas por la idea de que Raimundo iría al concurso general y el nombre de Eudeline resonaría por primera vez bajo las bóvedas de la Sorbona. Venida abajo esta esperanza, había llegado el fin de todo. Entre tantas catástrofes, el buen hombre no veía más que aquella. ¿Dónde encontrar el dinero de dos trimestres atrasados? Al trasponer la verja del liceo, un nombre le vino á las mientes... Izoard, el empleado del Congreso de Diputados, al que no se había atrevido á declarar que hacía tres meses los niños no iban al liceo... ¡Pero cuántas objeciones en seguida! Izoard había ido á acompañar á su mujer á Niza y acaso no habría vuelto. Y, después, se le debía tanto ya... las últimas quincenas de la paga; los diez mil francos para la construcción... No, no; era preciso buscar otra cosa. Pero ¿cuál? ¿Á qué puerta llamar?... La lluvia fina y fresca que mojaba sus ardientes sienes le hizo advertir que tenía aún el sombrero en la mano. ¡En qué estado le había puesto la visita! ¡Ah! Aquel viejo Roberto Macaire, con gorro de portero, no sospechaba que, hacía un momento, su mesa, su enorme tintero y su montón de cartones y de papelotes habían estado á punto de saltar por los aires y él con ellos...

Aquella cólera comprimida tenía aún doloridas las manos y encorvadas las rodillas de Eudeline, que an-

daba por la acera luciente y fangosa dando traspies como el día en que por única vez en su vida se achispó en aquel banquete de los viajantes de comercio presidido precisamente por Marcos Javel. ¡Qué alientos tenía aquel día el diputado de Indre y Loira! ¡Cómo hinchaban su chaleco blanco y sus pectorales de buen mozo aquellos períodos sonoros con que les obsequiaba, conmovida la voz y agitados los párpados, sobre los deberes de un buen francés de estos tiempos, la caridad laica y republicana! Después de todo, acaso creía en aquella solidaridad humana, de la que hablaba con tanta elocuencia, y era su procurador, Petit-Sagnier, el que le incitaba á adoptar resoluciones tan feroces como la del embargo anunciado para el sábado.

« Si yo fuese á ver á Marcos Javel... en su casa, calle de la *Ville-l'Evêque*; si fuese á pedirle gracia, á él personalmente, y no á su apoderado... » Así pensaba Eudeline al cruzar el patio de su fábrica. Los obreros acababan de salir y todos los talleres apagados, una sola luz de gas brillaba todavía en el escritorio. Eudeline vaciló un momento al pie de la escalera, ante la casilla del portero.

— Aquí hay algo para usted, señor Eudeline, le dijo el portero con esa voz sombría y como lejana del subalterno que sabe que la casa no va á durar mucho. El mueblista cogió los dos papeles que se le entregaban: un fárrago de alguacil, notificándole el embargo, y una carta que abrió con mano indiferente y leyó de un tirón, dudando de sus propios ojos... Convocado para el día siguiente, á las once, por el juez de instrucción... ¡Ira de Dios! ¡Había olvidado esto! Le pareció que la escalera se derrumbaba sobre su cabeza; vaciló y dijo en voz alta por dos veces, de modo que lo oyó el portero:

— Llegó el momento... No me queda más que morir. Empujó la puerta de la Caja, en el piso bajo; despidió al empleado de la contabilidad, el señor Alexis, y no subió á su casa hasta el alba. Empleó la noche en escribir dos cartas, empezadas sin duda muchas veces. He aquí la copia de una de aquellas cartas, ó más bien, de uno de aquellos testamentos.

« Amigo Pedro: Acabadas las vacaciones de Pascua, el Congreso volverá á funcionar. Supongo que ha dejado usted á su enferma en Niza con su querida hija y que esta papeleta de defunción anunciándole la mía le encontrará de vuelta en el Palacio Borbón. Sí, mi defunción, lee usted bien. Circunstancias imprevistas, superiores á mis fuerzas, me obligan á abandonar la vida violentamente. Mi pobre mujer dirá á usted, si puede, los motivos que me impulsan á este acto de desesperación; yo no me atrevo, porque me da vergüenza confesarle que su amigo, un verdadero amigo del 48, ha podido faltar al honor de su nombre. No he querido, sin embargo, morir sin decirle adiós, sin darle las gracias y sin pedirle perdón. Sin pedirle perdón, sobre todo, por esos diez mil francos que usted me ha hecho prestar y que me llevo conmigo. Si el señor Marcos Javel es un hombre honrado, le pagaré el importe de esa construcción que usted ha costado y cuyo alquiler cobrará él. Le escribo al mismo tiempo que esta y espero que él tendrá la bondad de tenerlo en cuenta y ayudar á usted á conseguir los estudios gratuitos para mis hijos. ¡Que acaben su carrera, Dios mío! Sobre todo el mayor, Raimundo, el que debe reemplazarme y ser después de mi muerte

« el jefe y cabeza de la familia. Se lo ruego á usted, mi
 « querido Pedro; que termine sus clases y no se meta
 « jamás en los negocios... El comercio es peor que el
 « presidio; se arriesga en él todos los días la ruina y el
 « deshonor. Que uno, al menos, de mis dos hijos escape
 « á este peligro. Dicho esto, amigo mío, le abrazo por
 « última vez y doy las gracias á la señora de Izoard y á
 « la señorita Genoveva por sus atenciones hacia mi
 « mujer y mi hija Dina. Comprenderá usted que mi
 « corazón se despedaza al separarme de los míos, pero
 « es preciso; su dicha lo exige.
 « Viva la República democrática y social.

« EUDELINE, VÍCTOR. »

Vuelto el día anterior al estrecho albergue del Cuerpo legislativo, que la ausencia de su mujer y de su hija convertía en inmenso y desolado, Pedro Izoard iba á sentarse á la mesa, sólo, delante de una ventana que daba á un patio interior del palacio, empedrado de anchas losas y en el que se oía el ruido de vasos y de platos de otros almuerzos de empleados, cuando un ordenanza le subió aquella carta. Sin llegar á la firma, arrojó la servilleta, tomó todo el dinero que había en la casa y el primer coche de alquiler que pasó por la calle de Borgoña llevó hacia lo alto del *faubourg* del Temple á aquel hombrecillo de pelo cortado y larga barba gris que hacía contorsiones por la portezuela y clamaba entre el ruido del empedrado, con el énfasis y el acento de Marsella:

¡Eudeline atentar á sus días!... ¡Eudeline faltar á su honor!... Tendré que verlo para creerlo...

Todo en el *faubourg*, en cuya cuesta pululaba una multitud hambrienta y ruidosa; los vendedores de fruta, de flores, de pescado, de verduras, que alineaban sus carretones ambulantes al lado de las aceras; el olor del pan caliente y de las fritadas; los empujones y los gritos de las muchachas en blusa de trabajo y de los obreros con el pecho desnudo, un pedazo de pan debajo del brazo y un papel aceitoso en la mano; cada vuelta de las ruedas del coche, confirmaba á Pedro Izoard en sus convicciones optimistas. Por todas partes sonaban las doce, en los campanarios de las iglesias y en los patios de las fábricas; las doce, la hora egoísta del hambre, de la vida, que da á todas las miradas de la calle la misma fijeza voraz y distraída, la mirada glotona del escualo en caza submarina. ¡Matarse! Buena es esa... ¿Y almorzar?... Sin embargo, cuando al bajar del coche observó en el fondo del patio de Eudeline, atestado de maderos de todos tamaños y de todos colores, el blanqueo reciente de la nueva construcción, con este letrero: « *Vasto local para alquilar* », el marsellés sintió frío en el corazón. Creía que el taller estaba ocupado... ¡Con la enfermedad y los viajes no se habían visto hacía tanto tiempo! Pero su emoción fué mayor cuando un aprendiz que atravesaba el patio silbando y con la cabeza descubierta le afirmó que el principal había salido temprano y no había vuelto. La mano de Izoard temblaba al llamar en el primer piso.

Por la puerta entreabierta del antiguo cuarto, al que se subía por tres escalones, un rubillo de catorce ó quince años, muy alto, enseñó las mejillas surcadas de lágrimas, una cara de polichinela asustada y ansiosa.

— ¿Qué hay, Raimundo? preguntó el taquígrafo.

El muchacho, sin responderle, le arrastró hacia el pasillo y se dejó caer sobre su hombro con un gran sollozo.

— ¿Dónde está papá, señor Izoard? Díganos usted dónde está papá.

Al mismo tiempo Izoard sentía en las manos besos y lágrimas ardientes del otro hermano, Tonín, un chico de pelo rojo que parecía haber salido de la tierra y que también se pegaba á él preguntando por papá, pero muy bajo, con los dientes apretados y dejando oír los chasquidos nerviosos de sus mandíbulas. El marsellés, conmovido por aquel dolor tan verdadero, se enjugaba los ojos y buscaba qué responder.

— Yo no sé dónde está vuestro padre, queridos míos; vuelvo del Mediodía... He venido por casualidad...

Sentado entre los dos hermanos, en el desorden y la desnudez de la pieza en que entraron, Izoard llegó por fin á sacar en limpio, á través de los sollozos y de las frases dolientes, el drama de familia en que se veía obligado á creer.

Su padre, le dijeron, había pasado toda la noche en la oficina. Por la mañana se habían despertado al ruido de una escena espantosa en el cuarto de sus padres. Eudeline gritaba que se iba á tirar al canal y que no le quedaba otro recurso. Después se había marchado corriendo y su madre detrás de él llorando y suplicándole con las manos juntas que no se matase. Y desde entonces, los muchachos estaban esperando, sin saber nada.

Izoard trató de tranquilizarles diciéndoles que ya conocían á su padre, pronto, violento, pero tiernamente adicto á los suyos... ¡Qué catástrofes serían necesarias

para impulsarle á una determinación tan desesperada!

— ¿Catástrofes, señor Izoard?...

El mayor tomaba al hablar ese aire formalote que la precocidad de la desgracia da á los niños...

— Las hemos tenido todas desde que usted se marchó... Mire usted á su alrededor; el reloj ha desaparecido, con las cortinas. Dios sabe lo que se ha vendido ó empeñado para pagar esos horribles alquileres... Casi no quedan muebles. Tonín llevaba los objetos al Monte de Piedad; yo no me atrevía. Papá y mamá eran demasiado conocidos... Pero eso no es nada todavía... ¿Creerá usted que hace tres meses no vamos al colegio?

Sin chaleco ni corbata y en chanclas, los muchachos tenían por completo ese aire de pereza y de holganza común á todos los refractarios de la escuela ó del cuartel.

— Lo que más pena le daba era privarnos del liceo, más aún que enviar á Cherburgo á nuestra hermanita Dina, que ha sido recogida por su madrina... ¡ Ah! ¡ Aquí está mamá!

No la dejaron tiempo para sentarse ni para levantarse el velo sobre su boca de fiebre y su mejillas pálidas como el mármol.

— ¿Qué has hecho de papá? preguntaron los dos á un tiempo.

— Pues bien, hijos míos, vuestro padre... vuestro padre...

Se había preparado á mentir para no darles brusca-mente un duro golpe; pero la presencia imprevista de Izoard, aquella cara amiga y compasiva le quitó el valor. Conocía la carta de su marido y sabía que una palabra, una sola que se cambiase entre ellos iba á ha-

cerla sollozar y decirlo todo. Se contentó, pues, con una muda inclinación y continuó, como descartándole de la escena:

— He dejado á vuestro padre más calmado;... espero que no tendremos nada que temer por hoy.

La pobre mujer volvía la cabeza tratando de escapar á las miradas de sospecha que la espiaban.

— Pero ¿ por qué le has dejado, mamá? preguntó Raimundo desconfiado y casi severo.

La madre inclinó la cabeza y respondió con mucha dulzura, con mucha humildad, como si estuviese en presencia de su marido ó como si el hijo mayor le reemplazase ya en su autoridad:

— Á fin de tranquilizaros más pronto, queridos míos...

Y para sustraerse á nuevas preguntas, dijo dirigiendo á Izoard una mirada desolada que era una confesión:

— ¡ Ah! El señor Marcos Javel es muy cruel con nosotros...

— No puedo creerlo, contestó el hombrecillo de la larga barba; Javel, con el que estoy en relación en el Congreso, es un republicano de los buenos, como decimos nosotros, un hijo del pueblo, nacido en el pequeño comercio, del que conoce todas las miserias... En 1870, durante el sitio, le he oído hablar en una reunión pública de la renovación de los vencimientos y conmover á toda la asamblea con unas cuantas palabras sobre las angustias de las deudas... El hombre que decía tales cosas sería el más abominable hipócrita... Por otra parte, señora, tengo un coche á la puerta; que los niños vengán conmigo é iremos á casa del subsecretario... Él ignora lo que se hace en su nombre, estoy seguro, y en todo caso respondo de que el embargo no se verificará.

— Dios le escuche á usted, amigo mío, suspiró la madre.

Y sin atreverse á mirar á los niños, les mandó que fueran á vestirse prontamente.

En cuanto salieron, el sollozo que estaba conteniendo estalló como si le desgarrara el pecho.

— ¡ Pobres hijos míos! murmuró con la cara entre las manos.

Izoard fué á sentarse en el mismo diván en que la pobre mujer se había dejado caer. No se atrevía apenas á interrogarla... ¿ Es posible? ¿ Eudeline ha cumplido su amenaza?

La pobre mujer hizo un signo afirmativo, con la cara escondida entre los guantes de hilo.

Izoard la miraba estupefacto.

— Pero ¿ usted no estaba con él? No le hubiera usted dejado hacer... Y, después, no se mata uno por dinero... ¡ Qué diablo! Yo le traigo dinero, no mucho, pero, en fin, algo...

Á estas frases ardientes realzadas con vivos ademanes, la desgraciada mujer se contentaba con mover la cabeza...

— ¡ Ah! señor Izoard, si usted supiese...

De repente el taquígrafo recordó la falta al honor de que hablaba la carta de Eudeline... ¿ De qué se trata? Vamos á ver... Á un amigo sincero se le puede decir todo...

— Pues bien, oiga usted.

Humilde y con la frente inclinada, como en el confesonario, aquella mujer murmuró con voz sorda la desoladora confidencia que el desdichado Eudeline acababa á su vez de hacerla mientras andaban por la orilla del

canal... ¡ Ah! ¡ Siempre los malditos alquileres! ¡ Siempre el terror inspirado por el señor Javel!... Unas mercancías en depósito empeñadas y después vendidas por falta de dinero para renovarlas. Después la denuncia, el juez de instrucción, la condena, la cárcel, la deshonra para él y para sus hijos...

— ¡ Ah! amigo mío; lo que sobre todo le enloquecía era el pensamiento de que nuestros pequeños tuvieran que avergonzarse de su nombre, de que las personas honradas, como usted, no quisieran ya recibirles... « Si muero, me decía, no se me perseguirá y el nombre de nuestros hijos no será manchado por una condena... » Yo me resistí, como usted puede pensar, y le supliqué que no se matara; pero me hablaba con tanta fuerza, encontraba razones tan justas para probarme que su muerte era el único medio de salvarse él de la prisión y nuestros hijos de la infamia, que, por fin, yo no sabía qué responderle... Violento, déspota como era, yo siempre he cedido, bien lo sabe usted... Hubiera debido gritar, colgarme de él... Estaba anonadada, embrutecida... De repente me dijo: « Abrázame, hija mía, y vete sin volverte. » Lo hice como me lo decía... y ahora estoy aquí, sin saber... ¡ Dios te proteja, mi pobre marido!

Los niños se presentaron y ella cesó de hablar é inspeccionó sus vestidos con mano temblorosa, mientras Izoard pensaba espantado en aquel suicidio heroico tan cándidamente consentido por aquella desgraciada ilota. « Por lo menos que su muerte sirva para algo » pensaba al conducir los niños á la calle de la *Ville-l'Évêque*, donde el subsecretario del Interior habitaba un antiguo hotel con jardín, al lado del ministerio.

El subjefo de los taquígrafos pone en limpio para la imprenta la reseña de las sesiones esmaltándolas de *bravos en la derecha ó en la izquierda,...* *rumores en algunos bancos,...* *aplausos prolongados...* Se comprende que los diputados tienen mucho interés en estar bien con él. Por eso el marsellés estaba seguro de que al recibir su tarjeta el señor subsecretario, aunque estuviera almorzando, se guardaría muy bien de hacerle esperar ó de aplazar el recibirle como no hubiera dejado de hacer con mucho más altos funcionarios. Apenas introducidos en un despacho como nunca habían visto, pues el del provisor del liceo era una antecámara á su lado, un gabinete suntuoso y alto como una iglesia, con largos cristales pintados, profundas alfombras y sillones de cuero y encina antigua á majestuosa distancia los unos de los otros, los niños, ya intimidados, perdieron todo aplomo al ver llegar con las manos tendidas un alto personaje de tez rosada, rubio y cuidado bigote, ademán correcto en un traje oscuro de lana inglesa y con la servilleta del almuerzo puesta en el brazo, como una indicación.

— Querido amigo, ¿ á qué debo esta buena visita?

Izoard le indicó los dos muchachos.

— Los hijos de su inquilino Eudeline, señor subsecretario...

De repente, la sonrisa de Marcos Javel se localizó en los ángulos de la boca, sus ojos se bajaron y pálido y con los párpados dilatados, profirió algunas explicaciones. Por la mañana, precisamente, había recibido una carta muy exaltada de las que tantas reciben las personas de su posición, y la había enviado á su procurador Petit-Sagnier, encargado de la herencia Javel. Ahora,

vea usted el telegrama que el procurador acababa de remitirle en respuesta.

Izoard, á quien el subsecretario entregaba discretamente el telegrama, se apresuró á decir :

— No tenemos nada que ocultar á estos niños, por desgracia.

Y leyó en alta voz :

« No creo una palabra de ese suicidio. Se quiere continuar con el sobrino la misma explotación que con la tía. Mantengo la venta para pasado mañana sábado. »

Desde el rincón en que los niños se habían incrustado involuntariamente el mismo impulso furioso é indignado les empujó hacia adelante. Los dos querían hablar á la vez, pero Tonín, el pequeño, el rojo, no pudo hacer más que ademanes de cólera; una contracción nerviosa impedía á las palabras atravesar los dientes, apretados hasta romperse. El mayor, Raimundo, no estaba nada elocuente tampoco con su voz atiplada y con su gran cuerpo desmadejado de precoz crecimiento. Sin embargo, como hacía falta un defensor al que se estaba ultrajando delante de ellos tan injustamente, el niño supo salirse con su empeño. No, su padre no era un impostor... Cuando había dicho que se mataría era que en realidad pensaba hacerlo; y se mataba para huir de las personas siniestras que se encarnizaban con él, el señor Petit-Sagnier y otros... Todo eso tenía que saberse; él lo diría en todas partes y lo escribiría en los periódicos... ¡Pues no faltaba más!...

— El padre ha muerto, señor subsecretario, y aun no se les ha dicho,... murmuró el marsellés inquieto por aquel ataque imprevisto de exasperación; pero una vaga sonrisa de conmiseración que vió en los labios de Mar-

cos Javel le tranquilizó inmediatamente, y convencido de que el alto funcionario estaba tan conmovido como él, no disimuló ya para enjugarse dos lagrimones que aquellas quejas de niño habían hecho asomar á sus ojos. ¡Infeliz! ¡Como si un hombre político y práctico, vestido de sólidas telas inglesas, pudiera conmovirse por aquel pequeño drama de familia, contemporáneo de Diderot!... Con todo, el chico había hablado de periodistas y el subsecretario les tenía miedo. Se figuró una gacetilla titulada « La Herencia Javel » relatando la muerte voluntaria de Víctor Eudeline y la visita de los hijos á la calle de la Ville-l'Évêque. La cosa haría un ruido endiablado. Era, pues, preciso reparar en seguida la torpeza de Petit-Sagnier. Por fortuna estaba allí Izoard, tan cándido como charlatán, y el funcionario dijo tendiéndole la mano :

— Querido maestro — Javel daba este título á todos los que no tenían otros; — mi querido maestro, doy á usted las gracias por haberme traído estos jóvenes y dádome la ocasión de reparar una injusticia.

Después, dirigiéndose con angelical dulzura á Raimundo estupefacto, añadió :

— Ignoro, mi joven amigo, si su padre de usted ha realizado su fatal resolución... Me atrevo á esperar todavía que no habrá sido así... En todo caso diga usted á su señora madre de mi parte que si la curia tiene un lenguaje, las personas honradas tienen otro. No habrá embargo en casa de ustedes pasado mañana ni los sábados siguientes.

— ¡Bien sabía yo que recobraría á mi Javel! gritó alegremente el taquígrafo, conteniéndose para no arrojarse al cuello del ministro orador.

En efecto, dos días después no se verificó el embargo sino el entierro de Eudeline, al que habían sacado del canal después de algunas horas. Su viuda logró que el cuerpo fuese admitido en la iglesia de San José, de Belleville. Las exequias, costeadas por Izoard, fueron decentes y atrajeron la presencia de mucha gente, sobre todo obreros y pequeños comerciantes. Las grandes casas no querían al sucesor de Guillermo Aillaume por sus teorías humanitarias y sociológicas, pero deploraron su abstención al saber que el subsecretario del Interior había ido hasta el cementerio. Para atenuar la mala impresión que pudiera haber en el público, Javel comprendió que debía asistir á los funerales de su víctima y hasta tuvo la habilidad de llevar consigo como prenda expiatoria á su procurador Petit-Sagnier, tipo regordete y vividor, á quien los obreros de la fábrica, vagamente informados de la verdad, recibieron con gruñidos y caras agresivas. En cuanto á Javel, cuando le vieron bajar del coche del ministerio, correcto y enguantado de negro, ante aquella lejana y extraviada iglesia, hubo para él un sentimiento de universal simpatía. Pedro Izoard y los niños le esperaban en el atrio, sabiendo que como masón y venerable no entraba jamás en las iglesias, y se adelantaron los tres, congestionados por las lágrimas, á darle las gracias por su asistencia.

— ¡*Fortitudo animi!* dijo por lo bajo el taquígrafo enseñando el catafalco rodeado de cirios y recordando, con la emoción, los antiguos textos de la niñez.

El funcionario no sabía latín y lo ocultaba cuidadosamente; pero comprendió que aquel *fortitudo* aludía á la muerte heroica de aquel padre en beneficio de sus hijos, y como tenía al mayor al lado le estrechó

contra su pecho con un gran ademán de adopción.

— Hijos míos, dijo con su voz suave y entera que se oía de lejos, vuestro padre era uno de esos republicanos á toda prueba á los que el gobierno de la República no puede negar nada. Todo lo que Victor Eudeline nos pide en su carta de ultratumba para Raimundo, su hijo mayor y sostén de la familia, será cumplido. Me comprometo á ello ante todos los que me escuchan.

¡Y no eran pocos!

De aquel día data el primer paso, el decisivo, de Javel en el gran camino de la popularidad, en el que le hemos visto después evolucionar con una agilidad y una prontitud sin ejemplo. Desde aquel día también Raimundo tomó posesión de su nuevo empleo de cabeza de familia, cuyas responsabilidades y trabajos adivinó por una especie de piedad, de deferencia, de que se sintió súbitamente poseído mientras iba con su hermano detrás del carró fúnebre. Sin duda la muerte de aquel padre tan indulgente y tan tierno, á pesar de sus violencias, le causaba una pena horrible; pero á su dolor personal se mezclaba un poco de orgullo y aun algo de farsa. No lloraba como lloran los niños, como lloraba Tonín, y andaba con afectada gravedad y aire solemne.

Durante los tres ó cuatro años que pasó como alumno pensionado en el liceo de Luis el Grande para acabar sus estudios, conservó aquella actitud circunspecta superior á sus años y aquella sensibilidad exagerada y un poco falsa. Su historia, conocida poco más ó menos en el liceo y, sobre todo, el favor del ministro, á quien se sabía que debía su pensión, hacían de él una celebridad. En la sala de visitas los alumnos se le mostraban á sus padres:

— ¿ Ves aquel rubio alto, de tercero? No tiene más que quince años y es ya cabeza de familia.

Y el inspector, á quien las madres preguntaban á su vez, respondía en tono misterioso:

— ¡ Un joven muy protegido!...

Como siempre sucede, esa protección fué más ilusoria que efectiva. Algunas semanas después de los funerales de Eudeline, el subsecretario anunciaba su visita á la viuda, muy orgullosa de tal honor y que les recibió, á él y á su apoderado, Petit-Sagnier, en aquel escritorio del piso bajo en el que el desesperado había sufrido los sudores de su última noche de agonía, entre el enrejado de la caja y dos filas de libros de comercio forrados de badana. Allí estaban Pedro Izoard y el empleado Alexis, convocados por Javel, con el cual la viuda había combinado aquel consejo de familia ante la imposibilidad de continuar el comercio de su marido. Una naturaleza blanda y soñadora, una educación sin madre, empezada en el Sagrado Corazón y terminada en los alrededores de París por una intitutriz novelesca, en la soledad de la quinta de Morangis á la que se retiró el viejo Guillermo Aillaume, no habían permitido á su hija ser en el interior de la casa ese elemento de actividad y de inteligencia femeninas que en el comercio parisiense explica muchas fortunas. No tenía el gusto ni el instinto de los negocios y la violencia de su marido le hizo tomarlos en horror. Aquel hombre excelente que la adoraba la hacía escapar con sus gritos y después de una vida común bastante dichosa en suma, la viuda quedaba como el artillero que acaba de disparar una pieza de marina de grueso calibre, aturdida y casi sorda. Un detalle que es más elocuente que todos; desde su matrimonio no había entrado dos

veces en aquel escritorio en que se verificaba el consejo. Se comprende que desarmada de ese modo y con hijos muy jóvenes, la desgraciada mujer retrocediese ante el ejercicio de un comercio del que el empleado le presentaba todos los peligros y todos los inconvenientes, pese á la limpieza y á la claridad de sus libros. Una casa muy comercial, sin duda, pero ya antigua; mucho desorden y deudas atrasadas, sin contar los alquileres, obligaciones que no bastaban á cubrir las facturas no cobradas. ¿ Cómo había ella de salir del paso? ¿ Vender el comercio?... Habría que empezar por ponerlo al corriente; de otro modo no habría quien quisiera un comercio gastado y agujereado como un colador. El señor Alexis, que estaba satisfecho de esta frase, la repitió varias veces, mientras que Izoard y la viuda de Eudeline se miraban consternados.

— ¡ Pues bien! yo tengo un comprador, dijo Petit-Sagnier á una señal de su ilustre cliente.

Y nombró á los hermanos Nathan, comerciantes de muebles de la calle de Charonne, que tomarían la casa con deudas, alquileres atrasados...

— ¿ Y la construcción del patio? preguntó vivamente Pedro Izoard.

El procurador abrió los brazos como si dejase caer el negocio. Los Nathan no habían hablado de esa construcción que, después de todo, quitaba el aire, la luz y el sitio en un patio demasiado pequeño. Les gustaría infinito desembarazarse de ella. La viuda de Eudeline no pudo contener sus lágrimas. ¿ Cómo? No la devolvían siquiera el precio de la construcción, los diez mil francos que Pedro Izoard les había proporcionado. El procurador hizo un gesto desdeñoso. Uno de los numerosos

errores, dijo, de ese pobre señor Eudeline ha sido la idea de tal construcción.

— No piense usted más en eso, querida amiga, interrumpió el taquígrafo; la persona que ha prestado á usted ese dinero no tiene prisa por cobrarlo.

Marcos Javel sonrió con indulgencia.

— ¿Es entonces muy rica esa persona?

— Como yo, señor subsecretario, dijo el marsellés todo confuso.

— En ese caso, querido maestro...

Y el subsecretario sacó de la levita una elegante cartera, cogió un cheque, que firmó en el borde del escritorio con la pluma de Alexis, á quien dijo también « Gracias, querido maestro », y entregó al taquígrafo el bono de cinco mil francos á fin de que su imprudente amigo no perdiese toda la suma desembolsada.

Izoard se ruborizó y protestó, pero después, reflexionando, dijo:

— ¡Pues bien, sí, después de todo, acepto para la señora de Eudeline, que va á ser aún menos rica que yo y que mi amigo.

La pobre mujer no sabía dónde se encontraba...

Debía ya tanto á aquel bueno de Marcos Javel! Unos días antes, la pensión de Raimundo; en seguida una carta de recomendación para Esprit Cornat, antiguo miembro de la Constituyente y actual director de una gran casa de aparatos eléctricos en la que Pedro Izoard había hecho entrar á Tonin como aprendiz... ¡Y encima de todo esos cinco mil francos!

— Señora... se lo ruego... murmuró Javel paternal y dulce como el Evangelio.

En el coche del ministerio, que bajaba rápidamente la

cuesta fangosa del *faubourg*, el procurador Petit-Sagnier reprendía á su cliente aquella generosidad inútil:

— ¡Qué diablo! Le arreglo á usted un negocio soberbio; le libro de un alquiler ridículo y de un inquilino peligroso; le regalo un inmueble magnífico, y viene usted á echar á perder mi obra maestra con sus cinco mil francos...

— Querido Petit-Sagnier, dijo el gran funcionario aproximándose á las narices un cigarro habano tan bien arreglado como su bigote y del mismo color; no me gustan los negocios demasiado buenos y desconfío de lo que no cuesta nada... Ese dinero no es perdido, créalo usted... Usted se ocupa en cuidar la herencia de la tía; yo tengo mi carrera política que cultivar.

— Y lo hace usted á las mil maravillas, dijo con respetuosa alegría el procurador, que hasta entonces había tomado tan sólo á su cliente por un hombre afortunado.

Aquellos cinco mil francos, mientras Raimundo no estuviese en edad de llenar útilmente su misión de jefe de familia, permitieron á la viuda, refugiada en Cherburgo en casa de la hermana de su marido, vivir allí menos estrechamente y dulcificar un poco la suerte del interné de Luis el Grande y del aprendiz de Esprit Cornat. En las cartas que escribía á sus hijos, al mayor sobre todo, encargado de su porvenir, se quejaba del destierro á que estaba condenada con su hija y siempre terminaba con la misma desoladora *post-data*: « Trabaja, hijo mío, trabaja, y sácanos de aquí cuanto antes. » Trabajaba bien, el desgraciado, pero por una extraordinaria mala suerte, él, que en otro tiempo se llevaba todos los premios en el liceo Carlomagno, ahora que sus estudios tenían un objeto definitivo no obtenía

ni una mención á fin de año. Sus maestros, confiantes de su pena y testigos de sus esfuerzos, atribuían á un crecimiento laborioso aquel retroceso repentino de la atención y de la memoria en un ser tan perfectamente equilibrado. Izoard lo explicaba por la sacudida nerviosa que la muerte trágica de su padre había ocasionado á los niños.

— Ahí tiene usted á Tonin, al más pequeño, decía á Javel un día en que hablaba con él, en un pasillo del Congreso... Desde el suicidio de Eudeline ese pobre chico está como tartamudo... Vacila, busca las palabras... ¡Quién sabe si esa alteración, esa vacilación de palabra, no se verifican en el mayor en los órganos de la voluntad!

— Es posible, querido maestro... Pero es lo mismo; hágale usted venir al ministerio un domingo por la mañana... Esas cosas se curan. Hasta la visita y no deje usted de traerme al muchacho.

Izoard no faltó ciertamente; pero sucedió que de todas las innumerables visitas que el pensionado de Luis el Grande hizo á su protector, ya en el ministerio del Interior, ya en el de Hacienda, ya en el de Comercio, puestos sucesivamente ocupados por Javel, solamente logró verle dos veces en todo el curso de sus estudios y eso cinco minutos y para oír siempre el mismo discurso que en el pórtico de San José, los mismos compromisos adquiridos en nombre del gobierno de la República hacia el hijo de viuda y sostén de la familia... « No lo olvide usted, joven. »

Más hubiera valido que durante algún tiempo el joven hubiera olvidado sus pesadas y solemnes cargas para el porvenir, porque la idea que se formaba de su

misión, el temor de no ser bastante fuerte para cumplir la, no podían menos de paralizarle y privar de todo aliento y de toda alegría á sus breves años de juventud.

En una función de tarde del teatro Francés á la que concurren dos secciones de Luis el Grande, Raimundo vió por primera vez representar *Hamlet*, y la obra le llenó de una desesperación, un poco teatral y forzada como siempre, cuya causa confesó solamente á un tipo de retórica, un tal Marqués que iba formado al lado suyo al salir del teatro.

— Si me da lástima ese príncipe de Dinamarca, si lloro por él como por uno de nosotros, es porque se parece á mí, ¿comprendes? porque tiene, como yo, una misión superior á sus medios, en la que piensa constantemente y que le priva de todo placer. Él tampoco tiene el derecho de ser joven, de amar y de ser amado, de tener su edad. Necesita ser un héroe, un vengador, y se siente impotente... ¡Eso parte el alma!

De esa confidencia, que el retórico contó por la noche á su madre, mujer de un ministro, nació en aquella señora, á la que la alta clase republicana llamaba todavía « la bella Marqués », un vivo interés por aquel rubillo de alma novelesca y tan bonito matiz de cabello; pero esa curiosidad no se satisfizo hasta más tarde. Raimundo no quería entonces ver á nadie ni aceptaba ninguna invitación. Pasaba los domingos en el Palacio Borbón, en casa de Izoard, y con más frecuencia en Morangis, pequeño pueblo de los alrededores de París en el que el taquígrafo pasaba una parte del año desde que estaba enferma su mujer. En aquel mismo pueblo habitaba el antiguo fabricante Guillermo Aillaume, reti-

rado del comercio, y las dos familias se habían unido en estrecha amistad.

En otro tiempo Izoard y Eudeline bajaban del tren todos los sábados por la tarde en la estación de Antony y dejando á la mujer de Eudeline montar en el ómnibus con su hija, seguían á pie uno de esos caminos hondos sombreados por viejos olmos, un árbol pasado de moda, que pueblan la inmensa llanura desde la Belle-Epine hasta Montlhéry. Era una delicia siempre nueva para el fabricante del *faubourg* aquel paseo de una hora entre dos líneas de endrinos y oxiacantos, del brazo del taquígrafo, que le contaba las historias secretas del Congreso y los misterios de pasillo, y exclamaba con voz de trueno: « Gambetta me lo afirmaba ayer mismo en el salón de conferencias »... ó. « Sé por el señor Dufaure que esa ley no pasará », mientras Raimundo y Tonín sembraban los libros y cuadernos de clase en los campos de zanahorias y mezclaban su ruidosa expansión con los cantos de la alondra que subía y revoloteaba encima de las mieses como presa en las doradas mallas del sol poniente.

En la entrada de Morangis, en el crucero de tres caminos, se levantaba, en medio de un terraplén de verdor, un gran álamo de Italia que tenía toda una historia política y que Aillaume, propietario ya en el país en 1848, recordaba haber visto sin ramas, sin corteza, pintado de los tres colores y bautizado « Árbol de la Libertad » por el cura de aquel tiempo. Junto á ese álamo, vuelto después á la naturaleza y á la vida civil, nuestros parisienses encontraban el sábado por la tarde á Genoveva Izoard que les esperaba rodeando de atenciones la silla de tijera de la enferma, atestada de abrigo, y

cerca de ella el viejo Guillermo Aillaume, busto de Voltaire restaurado por Labiche, siempre con la caja del rapé en la mano, y un polvo entre los dedos, que salía al encuentro de sus nietos, á quienes adoraba. Se detenían un momento para hablar de política, sin entenderse nunca, pues eran de diferentes generaciones, cada una de las cuales tenía su manera de pensar y hasta de expresarse. Después, cuando la frescura de la noche se dejaba sentir bajo el gran álamo, Genoveva, inquieta por su madre, daba la señal de partir y se separaban, de un lado la enferma, que se encaminaba muy despacio entre su hija y su marido, hacia un viejo pabellón de caza en que habitaban, compuesto de un piso bajo de grandes ventanas con pequeños vidrios, abiertas sobre una inmensa extensión de sembrados; y del otro lado el abuelo Aillaume que andaba con su pasito vivo de viejo apergaminado, á la cabeza de la familia Eudeline y en dirección del castillo que se divisaba enorme y negro, flanqueado de inmensos árboles y con los cristales de la fachada enrojecidos por el sol poniente, como un edificio en llamas que permanecía en pie por un sortilegio.

De año en año el árbol de la Libertad, cuyo tronco perdía poco á poco sus ramas, había visto disminuirse el pequeño grupo de amigos de los sábados por la tarde. Primero faltó el viejo Guillermo; después Víctor Eudeline; unos meses después la señora de Izoard, que había ido á extinguir sus eternos quejidos en el cementerio de Niza; y por último la viuda de Eudeline y Dina, cuyo destierro amenazaba durar mucho tiempo. Una tarde no se vió esperando al taquígrafo en el crucero sino á Genoveva, de luto riguroso, y á su amiga Casta, por

verdadero nombre Sofía Castagnozoff, joven regordeta con lentes, hija de un gran comerciante de granos de Odessa y que habiendo venido á París á estudiar, contra la voluntad de su familia, tenía necesidad, para pagar las matrículas, de dar lecciones de todas las lenguas vivas y muertas y de todos los conocimientos que había almacenado en su memoria eslava y en su vasta inteligencia. Pedro Izoard, que no participaba, por fortuna, de las despreciativas teorías de su maestro y amigo J.-B. Proudhon sobre la inteligencia femenina, hubiera querido dar á su hija la educación clásica completa de los muchachos; pero la enfermedad de la madre y los viajes al Mediodía impidieron á Genoveva llegar á los dos bachilleratos que su padre la deseaba. Cuando volvió de Niza, sola, tan blanca con sus vestidos negros, con los ojos demasiado brillantes y los labios de color de pimiento, sus amigos se alarmaron y tuvo que irse á vivir al campo y evitar toda fatiga, por lo que Sofía fué solamente como amiga y como médico á la casita de Morangis, donde hallaba eco á sus aspiraciones de justicia ideal y de emancipación universal. Sin embargo, Genoveva, aunque había interrumpido los estudios, sabía bastante para hacer trabajar á Raimundo, más joven que ella, y para darle algunos repasos de latín y hasta de matemáticas en los que el escolar pensaba toda la semana, soñando con aquellas tardes del domingo que pasaba en un rincón del comedor de Morangis, sombrío ó claro según la estación, á los pies de aquella muchachona, á la que los niños llamaban « tilita », que tenía un Virgilio abierto sobre las rodillas mientras quemaba con ellas á Raimundo á través de la falda.

Raimundo frisaba en los diez y ocho años é iba á em-

pezar la filosofía. Á nuestros filósofos de liceo se los conoce de ordinario por su aire preocupado y por su gravedad de chambelanes, orgullosos de llevar bordadas en la espalda esas dos llaves simbólicas y místicas con las cuales Kant y Schopenhauer les abren el alma humana y la vida entera. No os riáis; una de las miserias de nuestro país es la importancia que se ha dado, después de la guerra del 70, á la filosofía y sobre todo á la alemana, que reemplaza en los liceos á aquellas luminosas « humanidades » que fueron por largo tiempo el punto de mira y como la entrada de los estudios superiores.

Agobiado ya por aquellos deberes y derechos de primogenitura, cuyas responsabilidades se exageraba, aquel estudio nuevo en que se iniciaba debió sumergir á Raimundo en la más negra oscuridad. El profesor era desconsolador; la doctrina desesperada. Los discípulos, al salir de clase, no hablaban más que de suicidio y de muerte, de la fealdad de la existencia y del vacío de todas las cosas. Y, sin embargo, en la sombría juventud del pensionado de Luis el Grande, aquel año de filosofía, que se inauguró después de un domingo de 1883, fué el mejor y el más inolvidable de todos.

Aquella mañana, Genoveva y su amiga Casta, que había llegado la víspera á Morangis, estaban esperando en el crucero del árbol de la Libertad á Izoard, que había ido á buscar á Raimundo en la estación de Antony. Sentada en el césped amarillento y chafado y apoyada la espalda en el álamo medio deshojado por el otoño, la estudiante aplastaba su larga nariz de *Kalmouk* y sus anteojos de miope contra un cuaderno de notas de medicina, que no leía, mientras Genoveva se paseaba de un

camino á otro, empujaba las piedras con la contera de la sombrilla y trazaba, con ella en la tierra líneas y círculos, toda la grafología inconsciente de una espera impaciente y distraída.

Entre las dos amigas existía el mismo contraste que entre sus actitudes. La rusa, pésada, baja de estatura, sin edad ni sexo, la piel ajada, vestida y adornada en los almacenes del barrio Latino; la otra, de veinte años apenas, de amplia y acabada elegancia, vestida de alivio de luto y con un sombrero de paja blanca guarnecido de violetas que amortiguaba el brillo rosado de su cara, boca muy encarnada y algo grande, de expresión bondadosa, y ojos de un gris aterciopelado. Invasadas por el silencio del domingo y por esa inmovilidad de las cosas que se percibe tan distintamente en las llanuras, donde se oye y se ve el trabajo más de lejos, las jóvenes estaban calladas hacía mucho tiempo cuando un tiro que sonó muy cerca, pero como ahogado por la ligera bruma del otoño, hizo decir á Casta, cuyos ojos brillaron picarescos detrás de los lentes:

— ¡Calla! El hijo de Mauglas está cazando tordos para usted.

La sombrilla de Genoveva siguió haciendo distraídamente geroglíficos en el camino.

— No es usted justa con ese muchacho, continuó Casta... Parece que adora á usted, tiene talento y es modesto, pues ha estado usted mucho tiempo sin sospechar que el hijo de sus vecinos los hortelanos, rodeados por él de tantos cuidados y tanta ternura, es el Mauglas de los *Debates* y de la *Revista*, el sabio crítico musical, autor de esos hermosos estudios sobre las danzas griegas y asirias, según las medallas... No pretendo hacerle

pasar por guapo, ni siquiera por elegante,... pero, en fin, por usted se cuida y se refina... y, después, tiene el aspecto varonil;... no, no es una mujer disfrazada...

— Cásese usted con él, querida, respondió Genoveva volviéndose con despecho.

La estudiante levantó del cuaderno de notas la pobre cara de esquimal puesta de domingo con cintas y moños, y replicó dulcemente, sin el más pequeño rencor:

— Bien quisiera;... él es el que no estará de esa opinión... tal como yo soy... Solamente que... Escúcheme usted, querida mía.

La atrajo hacia ella con un ademán afectuoso y tenía dola delante, cogida de las manos, dijo:

— Es preciso que diga á usted lo que hace tiempo tengo sobre el corazón... ¿Qué hace usted? ¿Á dónde va? ¿Á dónde lleva á ese niño que tiene cuatro años menos que usted y del cual no logrará hacer un hombre por mucho y bien que lo procure? Aún, si fuese el pequeño, Tonín... No tiene diez y seis años, es tartamudo y medio estropeado, pero ¡qué energía! ¡qué voluntad!... El otro, en cambio... ¿Cree usted, realmente, que trabajaba cuando estaban ustedes los días enteros juntos con los ojos en el mismo libro? Buena falta le hace, sin embargo, por él y por los demás, y usted le distrae... Estoy pensando en todo lo que se ha imaginado para explicar la disminución evidente de la fuerza de atención y de comprensión de ese joven Eudeline... No había que ser brujo para adivinarlo. Usted ha sido el pretexto para la indolencia de ese linfático, su opio... Deténgase usted, querida mía; está usted en camino de hacer su desgracia y la de ese joven. No hay hermana mayor que valga... La carne es un terrible lazo en el